

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

UNA OPORTUNIDAD DE CORRER

El grupo de cinco alzó las copas.

- Por Matías! – dijo uno de ellos en voz bien alta.

Y todos repitieron el gesto.

Se encontraban en el bar “Lane Lane”, festejando su licenciatura como abogado, junto a sus amigos de siempre.

Matías los miró por sobre el vaso empinado, y sintió una extraña sensación, como un “deja-vú”. Esta sensación continuó incluso cuando empezó a hablar.

- Gracias a todos por este momento. Realmente no me lo esperaba la sorpresa en la puerta de la Facultad. Y eso significa que tengo cuatro grandes amigos que van a estar conmigo toda la vida: pocos pero seguros y confiables.

- Lo que te falta es una mujer. – interrumpió Luis, y todos rieron.

Y era cierto: Matías no tenía una mujer fija desde que había empezado la carrera. Los estudios lo habían llevado a terrenos obsesivos, donde lo único que importaba era recibirse. Para esto, se valió de una soledad extrema, en la que se conformaba con chicas que ocasionalmente conocía en recreos o fiestas de la Facultad, y que no duraban más que una semana... como muchos.

- Prometo darme el tiempo que necesito para encontrar una mujer decente y casarme. – les dijo – Ahora que estoy libre, voy a poder dividir mis horas en trabajar y trabajar en eso.

- Vas a necesitar cambiar el look: así vestido y con esa barba desprolija jamás podrías ser abogado y esposo. Y ojo a las trampas. – Luis volvió a entrometerse.

- Nada de trampas. Recuerden que soy todo un Abogado! – ironizó, aunque ubicándose en cierto pedestal.

Todos rieron.

Pisó el acelerador.

El velocímetro marcó 130 kilómetros por hora, mientras que el auto ya se había convertido en un punto fugaz por las calles de Tammerlane.

Respiró entrecortadamente. Tenía la vista clavada en el parabrisas, en el paisaje.

Se abrigaron y se consultaron el rumbo de regreso que tomarían.

Pagaron la cuenta y salieron del bar.

La noche estaba fresca, y las luces del Centro del Pueblo brillaban como nunca.

Matías miró a su Tammerlane. Finalmente, lo había logrado: ahora se sentía seguro, todo un hombre, un profesional. Sonrió por dentro. El mañana sería parte de su vida por delante.

Una gota de sudor rodó por su sien.

La secó con su mano izquierda, mientras que controlaba el volante con la derecha.

Tenía que llegar a tiempo.

El grupo de amigos se saludó una vez más.

Luego, tres de ellos tomaron el camino de la derecha, mientras que Luis y Matías se dispusieron a cruzar la calle.

El semáforo estaba a favor.

El joven abogado pisó el asfalto y se adelantó.

- Cuidado!!!! – gritó Luis.

El veloz auto dobló en la esquina a toda velocidad, derrapó y aceleró aún más. Los ochenta metros que lo separaban de Matías se unieron en menos de un segundo.

El muchacho alcanzó a darse vuelta, tragar una bola de saliva, y visualizar la palabra “No!”.

El potente coche rojo, preparado para correr las calles, lo embistió de lleno. El paragolpes quebró las piernas del muchacho, logrando que su cuerpo ruede por el capó. Su cabeza golpeó de lleno contra el parabrisas. Por un instante, los ojos de Matías se cruzaron con el del conductor.

Salió despedido a un lado, y murió justo antes que su cuerpo tocara el piso.

El auto continuó su marcha, sin detenerse por nada.

Luis y sus amigos, como otros ocasionales transeúntes, corrieron a socorrer al accidentado, pero se encontraron con la desgracia. Un orificio en el cráneo de Matías derramaba masa encefálica, y describía lo peor.

Nadie lo podía creer. Se había ido... Muerto. Todo un futuro, truncado por un corredor anónimo, un culpable que se había dado a la fuga.

- Alguien vio el auto? – preguntó una mujer.

- Iba muy rápido. Era rojo, y esta tuneado. –respondió una chica.

Luis, de rodillas, comenzó a llorar. El resto de sus amigos también lo hicieron.

- Es injusto. Realmente injusto. Acabar así, de un segundo a otro, después de 29 años de lucha, trabajo... Tammerlane era esto? – se preguntó el alma de Matías, de pie, cerca de la escena.

El humano tipo no sólo envejecía por la vida a través de su carne, sino de la mano de su existencialismo. Y una vez llegado el momento indefectible, el fin parecía tan sencillo como eternamente irónico.

De todas formas, Matías tuvo que asumirlo, digerirlo. Y se aceptó muerto de forma tan natural como la muerte misma.

Justo cuando...

- Si no hubieses tenido ese encuentro con tus amigos... - le dijo de la nada un misterioso hombre de pelo gris. Tenía unos 50 años, estaba vestido con gabardina marrón, y se le acercaba a su lado.

Matías lo miró intrigado.

- Y usted...?

- Eso no importa ahora. Lo que sí importa es este tema... tu muerte.

- Si estoy muerto... cómo es que...

- ... Obvio que puedo verte! Y veo que aceptaste fácil el hecho de morir. Demasiadas películas de fantasmas, no?

- Eso no interesa. – dijo el muchacho, algo irritado. – Ahora ya nada importa. Se acabó todo...

El hombre misterioso se soltó más, y comenzó a expresarse usando las manos y gestos:

- El destino es un PUM!... un golpe furioso. Es el fin. Si no hubieses aceptado el brindis, e ido directamente a cenar con tu familia, estarías vivo. Si no hubieses estudiado tanto para dar esa última materia, el examen te hubiese salido mal, y no te hubieses recibido hoy. Si no te hubieses puesto de novio con aquella chica, hace tres años, para luego perderla y encerrarte el tiempo que fuera para deprimirte, hubieras terminado tu carrera hace ya mucho tiempo. Y estarías vivo. Si no hubieses estudiado abogacía y te hubieses puesto a vender hamburguesas en la entrada de un estadio de fútbol, esto no hubiese pasado... Si no hubieses nacido... no habrías muerto.

- Quién es usted?! – insistió Matías.

- Quién soy?... Realmente no lo sé. Un ángel?... Bueno, pongámosle ese mote: un ángel de las injusticias que viene a darte tu oportunidad de gracia. Pero no festejes mucho, porque no puedo volverte a la vida. Tan sólo puedo darte esa oportunidad.

- Oportunidad?

- Ahora tenés tu oportunidad de correr. Tenés la oportunidad de desquitarte, de vengarte del que te robó todo, justo en el momento más decisivo de tu historia. Estoy acá para que te subas al mismo auto que te atropelló, y le des su merecido.

El hombre de pelo gris señaló a un lado, sobre la calle: allí estaba el auto rojo asesino.

- Qué decís? Vamos a dar un paseo?

Matías dudó frotándose la barbilla.

- Qué puede cambiar en mí la venganza? No se puede volver el tiempo atrás.

- Pero pueden cambiar muchas cosas: acordate que todo lo que vistes acerca de fantasmas es verdad. Acordate eso que las muertes violentas y shockeantes, convierten al espíritu en un ser vagante sin sentido, buscando

una salida a la eternidad y la paz que nunca se podrá concretar. Acordate del sufrimiento, el camino que se cerró. Lo más probable es que te quedes encerrado en Tammerlane, oscureciéndote y entristeciéndote cada vez más, hasta convertirte en un alma en pena, que sólo podrá servir para asustar a los chicos, los viejos. Creeme: sé de muchos que se instalaron en casas antiguas para pasarse la eternidad como leyendas.

- Yo no voy a sufrir.

- Ah, no?... Estás seguro?! Quiero verte dentro de cinco minutos, cuando saquen tu cuerpo y se te dé por acompañarlo a la morgue. Quiero verte pasar la noche en la morgue. Quiero verte en tu entierro... Quiero verte tratando de desenterrar tu carne cuando empieces a extrañarla. Quiero verte llorar hasta la furia, desesperarte porque no podés cavar, tomar una pala. Ni tomar, fumar, hablarle a nadie! Quiero verte descubrir que te tenés a vos mismo para siempre, viendo todo injustamente. Quiero verte mirando cómo tu familia y amigos hacen sus vidas... espiándolos mientras envejecen. Quiero verte ver tu odio, pensando en tu asesino... Cuando la eternidad se convierta en densidad, no vas a poder hacer nada, más que seguir sufriendo.

Un silencio. El viento de la noche sacudió la gabardina del hombre misterioso, el cual aguardaba una reacción bajo un rostro de completa paz.

- Y si lo hago?

- Si te subís a ese auto, vas a poder liberarte. Te estoy ofreciendo algo que Dios se olvidó de darle al humano: el Poder. Poder para hacer pagar al que trunció tu destino. Conmigo podés contar para eso.

- Garantías?

- No es un juicio, "señor abogado". Estás muerto y no tenés muchas más chances, salvo creer en mí.

Matías miró a sus amigos, a la gente y a su cuerpo. A lo lejos, se oían las sirenas de la policía y la ambulancia.

- Nos vamos. – dijo el joven, encaminándose al hermoso y deportivo auto. No quiero ver cuando me suban una de esas bandejas metálicas.

- Así se habla!... Y creo que ya nos estamos entendiendo. – le extendió su brazo – Acá tenés las llaves. Desbloquee la alarma y vamos.

Subieron al auto.

- Cinturón de seguridad – advirtió el hombre mientras se lo colocaba. – Un ingrediente como para que todo se sienta más real. – y entregó una sonrisilla al chofer.

Matías no le dio importancia.

Giró la llave, y el poderoso motor rugió como un león asesino.

Cuando miró a través del parabrisas, descubrió que se encontraban en una calle completamente distinta.

- Es para tomar carrera.

- Carrera?

- No me hagas caso. Yo te indico el camino.

Matías pisó el acelerador. Y la bestia que una vez deseó comprarse con el dinero que le de su trabajo, giró sus ruedas en el lugar. La goma se quemó y humeó. El freno continuó clavado hasta el fondo.

- Veo que lo estás disfrutando. – festejó el hombre.

- Silencio. – pidió sereno.

Puso primera y salió arando. Al instante estaba en quinta, corriendo por las calles de Tammerlane.

El hombre sonrió. Le gustaba la audacia con la que Matías conducía. Realmente era un buen corredor, y eso que no tenía mucha experiencia en coches.

- Ves lo que se siente?! Sentí como se libera tu... "karma". – le dijo al conductor en voz alta, haciéndose escuchar a través del motor.

Matías permaneció con la vista al frente, callado, serio.

- Eso se llama Poder, y me lo tenés que agradecer. Que estés acá arriba, sintiéndote un dios, es gracias a mí. Nunca te lo olvides.

Matías corrió, esquivó autos, pasó semáforos en rojo.

El velocímetro alcanzó los 120.

- Qué ganás con todo esto? – rompió el silencio.

- Qué gano?... Nada. Absolutamente nada.

- Algo... alguna recompensa tiene que haber...

- No hay nada. Como verás, en mi plano no comprende lo que son las pérdidas y las ganancias. No existe el bien y el mal. Sólo hay energía. Y la eternidad.

Matías pisó aún más el acelerador. Insistió...

- Es eso: te robás mi energía.

- No me hagas reír. No tenés mucho. Acordate que sos un alma perdida, el sufrimiento ambulante de un cuerpo que quedó tirado cuerdas más allá...

- No quiero acordarme! Basta! Basta con lo de mi cuerpo! Quiero olvidar!

- ...sólo disfruto el momento, paso el rato. Me divierto. Me las rebusco para pasar la eternidad de una forma... entretenida... La vida de un "ángel", que se yo.

- De donde venís?... Digo, si es que hay un Más Allá...

- No me acuerdo. Sinceramente no. El primer recuerdo sobre mí, es... vos sabés... – y se relamió observando detenidamente el rostro de Matías, a su vez concentrado al frente y a su oído derecho.

Cuál es? Cuál?! Cuál es tu primer recuerdo! – dijo el muchacho, ansioso.

– Me estabas por decir tu primer recuerdo, y te callaste!

- ... hace muchos años, en aquella calle donde moriste.

Matías descuidó su vista del parabrisas.

- Cómo que "años"? Si fue...

- Tenés razón! – interrumpió el hombre excusándose con una risilla y una mano al hombro - ...Pero parece que fue hace tanto... - y señaló al frente – Cuidado con los otros coches que tenemos llegar enteros a la cita.

Matías esquivó un camión de basura estacionado en doble fila.

- Lo sentís? Sentís el poder que tenía ese hijo de puta cuando te pasó por encima?

Pisó aún más el acelerador.

El velocímetro alcanzó los 130 kilómetros por hora, y el auto se convirtió en un punto fugaz por las calles de Tammerlane.

- Dobla acá, y seguí derecho hasta donde te diga.

Matías dobló, y siguió por la avenida.

Comenzó a sudar, a entrar en calor. Cada tanto llevó su mirada al hombre de pelo gris, el cual seguía allí, con esa mueca casi imperceptible, que descubría cierto placer morboso.

Faltaba poco: vengarse y olvidar.

- Acá!! Doblá acá y pisá de nuevo!
Matías volanteó con fuerza, y el auto derrapó. Volvió a acelerar.
Un nuevo deja-vú.
El joven se volvió al hombre, y antes que pudiera decirle algo, éste le sonrió y le dijo:
- De esto se trata... – y le guiñó un ojo.
Sorprendido, Matías llevó su mirada al frente y se encontró con él mismo, a la salida del bar, cruzando con el semáforo en rojo.
No lo pudo comprender, siquiera reaccionar. La escena era tan lísergica como imposible.
Era tarde para pensar en el juego sorpresa.
Era tarde para los frenos.
El potente coche rojo embistió de lleno a Matías: el paragolpe quebró las piernas de su otro yo, arrastrándolo hacia el capó, rodando por él hasta pegar la cabeza de lleno contra el parabrisas.
Y por un instante los ojos de ambos Matías se cruzaron.
El auto siguió su marcha sin detenerse.
- Hiciste trampa, hijo de puta!! Hiciste trampa!
- De qué hablas? Si cumplí con todo lo que te dije: mataste a tu asesino.
Y ya sos libre.
El auto se detuvo en la tercera cuadra.
Matías se lanzó encima del hombre, y enfurecido lo tomó del cuello de la gabardina. Éste comenzó a reír a carcajadas, y entre las carcajadas dijo...
- Todo esto es tan divertido! Hace años... hace una eternidad, la misma reacción... nunca una mínima variación. – un suspiro, y llevó su mirada al paisaje a través de la ventanilla: las calles y las luces del Centro de Tammerlane. – Tengo que irme... Me estás esperando tres calles abajo.

Segundos después, el espíritu de Matías se paraba detrás del tumulto, para observar su propio otro yo.
- Es injusto. Realmente injusto... - dijo la voz a sus espaldas.
Se trataba de un hombre de pelo gris, unos 50 años, y vestido con gabardina.
Venía a ofrecerle una oportunidad de correr.

FIN